



MI VOZ PARA LA ESCALERA

«He grabado un DVD
para la Hermandad
del Descendimiento»



ÁNGEL M. DE PABLOS
GRABANDO SU VOZ
PARA EL DVD.

Los cofrades del Descendimiento quieren que pongas voz a un DVD...

Desde el otro lado del teléfono me habla Paco Gallego, un amigo de los de siempre, amigo de aventuras juveniles y ahora, en la edad incierta de los sueños superados, amigo todavía.

—¿Que ponga mi voz?...

Para quien trabaja con la pluma pegando palabras y tratando de encontrar sentido al sentido de las palabras, verse reclamado por la voz supone, en cierto modo, un desencanto. O, al menos, una sorpresa que llega por el camino de lo inesperado.

—Dicen que encaja con el tipo de guión que ya han escrito...

Paco es el patriarca de una saga de enamorados de su tierra y de cuantas tradiciones adornan el presente y el pasado de su tierra. Habla en nombre de su hijo, que ha heredado el entusiasmo del padre y la sensibilidad de la madre. Habla en nombre de su sobrino, para quien el apellido es algo más que una inscripción en el registro. Habla en nombre de quienes sienten lo que ellos sienten y aman las mismas cosas que los Gallego han aprendido a amar. Además, la voz forma parte de mi patrimonio y, en un tiempo no muy lejano, también la voz fue instrumento de trabajo con el que dar fuerza a un pensamiento, provocar una emoción y hasta apurar un estado de ánimo.

—¿Que cuenten con mi voz!...

No sabría negar un favor a Paco Gallego ni a nadie de su familia pero, sobre todo, no sabría negarme a una llamada desde Medina de Rioseco. Menos aún, si la llamada procede de algo tan agarrado a sus raíces como la Semana Santa. Y días después me vi dentro de la «peñera», encerrado en el locutorio donde el aislamiento parece un celofán de corcho y la cristallera es una ventana abierta a los vientos de la nada. Del otro lado del mundo, el técnico ultima los preparativos y temple la dimensión del sonido moviendo las teclas que, al final, mandarán sobre la intensidad de mis sonidos.

—Di algo...

Es una orden sin explicación que habré escuchado cientos de veces y que cientos de veces me ha parecido banal. Decir que me siento como un pájaro en una

jaula... Decir lo que voy a decir de nuevo dentro de unos segundos... Decir que la inteligencia de la máquina ya se adaptará al tono de mi garganta... Contar de manera automática, uno, dos, tres, cuatro, hasta quién sabe cuándo una lista de números que en nada mueven el corazón o que nada saben de pasiones en el alma...

—Uno, dos, tres, cuatro...

Pero cuentas, pese a todo. Sumiso, obediente, fiel a las órdenes que recibes hasta que te detienen y te piden que pases, de la enumeración impersonal, a la narración emocional. Que des un salto en el vacío y te olvides de las cifras para centrarte en los sentimientos. El hombre del control levanta el brazo, aprieta el pulsador del «record», inclina el dedo índice hacia delante y añade un sencillo pero determinante...

—Cuando quieras...

Es entonces cuando me sumerjo en el texto y comienzo a navegar por el fondo de sus aguas, entre la profundidad de sus intenciones y sobre el contenido de sus comentarios...

Quién me presta una escalera
para subir al madero
para quitarle los clavos
a Jesús el Nazareno.

De pronto me olvido de mi cárcel de cristal, de la máquina que me tiraniza, de los ojos que me miran con una estudiada inquietud, del micrófono que me señala con su metálico registro de insinuaciones y hasta del papel lleno de letras que bailan sobre el atril. El aislamiento no me atosiga y me traslado al corazón de Tierra de Campos, a la cuna de vacceos, celtas y romanos, a la vieja India Chica medieval con tanta historia como leyenda... Paseo bajo los soportales de sus rúas largas, casi eternas, y siento que me invade la paz de sus conventos, la grandeza de sus iglesias, la hospitalidad de sus



gentes... Me detengo para admirar el desfile de sus pasos procesionales, desde la borriquilla al Resucitado, desde la Columna al Sepulcro, desde el Nazareno a la Dolorosa...

... Llega hasta mí la tarde del Viernes Santo y, con ella, la Hermandad del Descendimiento... Llega hasta mí o, acaso ¿soy yo quien alcanza esa tarde?... ¡La Escalera!... Toda una historia que arranca en la Quinta Angustia, en la capilla del Santo Cristo, en el altar de la Soledad, en el hospital de los buenos hombres del trabajo... Veo una comparsa de estameñeros, zapateros, curtidores, zurradores, caldereros, cerrajeros, herreros, herradores, sastres, cabestreros, tejedores y pasamaneros que pertenecen a la Cofradía Penitencial cuando los gremios portan los Pasos en los desfiles... Me acerco con devoción a la Capilla de los Pasos Grandes para admirar la inspiración con que Francisco Díez de Tudanca talló en la madera de un árbol perdido las siete figuras de su conjunto escultórico... Y, como un hermano más, acudo al Refresco para sentirme agasajado por el mayordomo...

—¡A vestirse!

El grito rompe la intrascendencia del momento y marca el comienzo de una cuenta atrás durante la que, cada peldaño, se reviste de una singular solemnidad. Calzo la túnica que se abotona con lentitud y coloco el pañuelo. El cordón ciñe mi cintura y la careta cuelga doblada del cingulo. La medalla, al cuello... Se talla el

Paso... Y el desgarrado gemido del Pardal nos conduce a los oficios... No rehuyo el tentempié a base de aceitunas y chicharro escabechado aunque solo sea para disimular la tensión de los últimos minutos.

—¡Oído a rezar!

Se hace el silencio... Un silencio enamorado del instante en el que todos, con el corazón en la mano y la fe a flor de piel, nos hincamos de rodillas en el suelo para elevar una oración que recuerda a los que hicieron lo mismo durante tantos años antes, a los vivieron la misma tensa emoción y ahora nos vigilan desde el cielo para que todo se haga bien, con el orden previsto, como manda la tradición.

—¡A recoger túnicas!

Primero un golpe seco. Después, la palabra que circula entre un precepto a ultranza y un consejo prudente. Y cada cual sujeta su túnica a la cintura para que no se convierta en un estorbo durante el acto trascendental. Veinte medallas resbalan casi al unísono hasta el tablero abandonado mientras la resina empapa el sudor de las manos y la ansiedad enjuaga la zozobra de las almas. En el corro alguien reclama con urgencia...

—¡Música!...

Y las notas de La Lágrima prestan trascendencia a la espera.

—¿Estáis conformes con vuestros puestos?

Pregunta inútil. Todos están conformes con el puesto que le han designado porque ese puesto es el resulta-



PASO DE «EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ».



ALZADO DEL PASO DEL DESCENDIMIENTO.



A SU PASO POR LA RUA MAYOR.

do de doce meses de impaciencia, de muchos años de ansiedad, de un sueño que se materializa tras una vida de espera... Nadie renuncia. Cada cofrade se siente gratificado en su posición porque unos y otros creen firmemente que están cumpliendo con su deber, el que se transmite de generación en generación...

-¡Oído!...

Y un nuevo golpe en el tablero para que el pesado cilicio suba hasta el pecho antes de centrarse con la puerta, pequeña y estrecha, muy pequeña en comparación con la grandeza de las tallas. Primero, arriba... Después, abajo... Con las manos casi a ras del suelo, con el filo de la piedra quemando las yemas de los dedos, con las fuerzas que se encuentran no se sabe dónde y con la afilada pulcritud que, a todos los movimientos, entrega el amor...

-¡Ese palo, que baje!...

Y baja el palo hasta lo indecible. Y sube hasta el mismo firmamento la confianza de los veinte elegidos que, acumulan en ese instante, el dolor y el gozo, la pena y la alegría, el entusiasmo, el sufrimiento y la vehemencia... Todos sienten el ánimo desordenado, pero todos

recrean su padecimiento... Y entre tanta tensión y tantos recuerdos, entre tanta turbación y tanta emotiva angustia, la Escalera se asoma al corro como si de un milagro se tratase... Narrándolo, yo he llorado en el silencio del estudio como un hermano más en pleno esfuerzo, como un espectador privilegiado que asiste, atónito, a lo que parece imposible y, sin embargo, es posible un Viernes de cada año.

-¡Un poco más y afuera!...

Nicodemo, en lo alto de la cruz, parece resistirse pero un golpe de riñones le ayuda a superar el obstáculo para poner de nuevo al Paso en el Corro de Santa María.

-¡Arriba!

La Escalera se eleva en su grandeza y la gente aplaude dando testimonio de lo ocurrido. Aplauden las piedras, seculares testigos de tan ingente multiplicación. Aplauden los gorriones desde su tribuna de honor en el alero de los tejados, mientras el Paso comienza a mecerse en el movimiento lento de los hombros y el Paso comienza a caminar por las calles tachonadas de fieles...



... y los cofrades desfilan
bajo sus túnicas blancas,
con los faroles prendidos
a la horquilla de sus almas...

Mientras, la noche se avanza
y las paredes vigilan
en todas las enramadas
y avanza el Descendimiento
a ritmo lento su marcha...

... llena de sombras la calle,
llenas de viento las tapias,
llenos de incienso los aires
y de ruegos sin palabras...

Cuando termino de grabar, se acumulan en mi pecho las mismas sensaciones del Viernes. Estoy en silencio... Me rodea el silencio... El silencio es mi amigo, el mismo silencio en el que se hunde La Escalera sobre sus banquillos de siempre a la espera de un nuevo año... Doce meses esperando a que veinte elegidos vuelvan a vivir el milagro de la fe que crece, de la oración que se multiplica y del madero que encoge para traspasar la puerta del infinito. Cuando los hermanos del Descendimiento dan buena cuenta de las alubias, del bacalao y del lechazo, yo recuerdo un verso que escribí para mi pregón de hace tres años.

¡Más abajo!... ¡Aún más!... ¡A ras del suelo!...
¡Más!... ¡Hasta que los dedos se hagan llagas!
¡Hasta que el afán venza al desconsuelo
y a tu aliento lo arañen las biznagas!...

¡Aguanta!... ¡Por el Dios que está en el cielo!...
¡Aguanta ese dolor que te lacera!...
¡No cedas en tu empuje y tu desvelo!...
¡Soporta la carroza en ventolera!...

También la soportaron tus mayores...
También ellos, en otra primavera,
sufrieron esos mismos estertores,
sintieron esa misma borrachera...

¡Hacia fuera!... ¡Hacia fuera, cargadores!...
¡Que el lancero, el sayón y hasta Longinos
ya salieron al corro y los tambores,

al ruido de sus tonos campesinos,
anuncian que la cruz ya siente el viento
y lo sienten las aves en sus trinos...

¡Y, ahora, arriba!... ¡Es el último tormento!...
La dulce sensación con que te embriagas...
¡Arriba una vez más!... ¡Y diez!... ¡Y ciento!...

Y lo repito una y mil veces sin necesidad. Como para convencerme de que pasarán los años y los siglos, pasarán los días y los meses, pasarán los hombres y las gentes, el poder y los gobiernos pasarán... Todo pasará como el viento... Pero en el corazón de un buen riosecano seguirá anidando la ilusión por ser uno de los veinte elegidos que, cada Viernes Santo, saque a La Escalera de su sitial en la Capilla de los Pasos Grandes...

ÁNGEL M.^o DE PABLOS



SALIDA DE LOS «PASOS GRANDES» DE SU CAPILLA: «EL DESCENDIMIENTO».